

GONZALO DE BERCEO
MILAGROS DE NUESTRA SEÑORA



Cerca de una marisma que Tumba era llamada,
hacíase una isla a tierra aproximada;
hacía la mar por ella su salida y tornada
dos veces en el día, o tres a la vegada[1].
En medio de la isla, por las ondas cercada,
había una capilla a san Miguel sagrada:
era celda preciosa, de virtud bien probada,
pero era no poco arriesgada su entrada.
Cuando quería el mar hacia fuera salir
salía a fiera prisa, no se sabía sufrir:
aunque ligero, nadie le podría huir;
por no haber salido antes, debía allí morir.
El día de la fiesta del arcángel precioso
estaba el mar más quedo, yacía más espacioso;
oía el pueblo misa, mas no a son vagaroso[2],
huían luego a salvo a corso[3] *presuroso.*
Un día por ventura con la otra mesnada[4]
metiose una mujer debilucha y preñada;
no supo regularse muy bien a la tornada,
y estaba arrepentida de haber hecho esa entrada.
Las ondas venían cerca, las gentes alongadas,
tenían con el desánimo las piernas embargadas;
no eran de valerle las compañas osadas,
y había en primer término que hacer muchas jornadas.
Sin poder hacer más, todos con aflicción
«¡Santa María, válgase!» decían de corazón.
La preñada mezquina, llena de desazón,
quedose entre las ondas en fiera situación.
Los que habían salido, como no veían nada,
cuidaban sin duda que había muerto ahogada;
decían: «Esta mezquina fue desaventurada;
¡sus pecados tendiéronle una mala celada!».
Ellos, que se pensaban seguir por su carrera,
extendieron los ojos, cataron[5] *a la glera*[6]
y vieron que venía una mujer señera[7]:
con su hijo en los brazos iba hacia la ribera. [...]

Dijeron: «Decid, dueña por Dios y caridad,
por Dios os conjuramos, decidnos la verdad,
decidnos de la cosa toda certinidad[8]
y de la preñez cómo os librasteis, contad». [...]
«Oíd —dijo la dueña—, oíd, buena compaña;
yo creo que no oísteis nunca mayor hazaña:
será muy bien narrada por toda tierra extraña,
en África y en Grecia, y también en España.
Cuando vi que de muerte librarme no podía,
que de las ondas fieras circundada me veía,
encomendeme a Cristo y a su Madre, María,
pues según mi entender de otro no dependía.
Estándome yo en esto vino Santa María,
cubriome con la manga de su rica almejía[9]:
ya no sentí el peligro más que cuando dormía;
si estuviera en un baño, más leda[10] *no estaría.*
Sin cuitas y sin pena, y sin ningún dolor
parí este pequeñuelo, loado sea el Criador:
tuve buena madrina, no podría mejor;
me hizo misericordia la Madre del Señor».

Resume el contenido del texto



LIVEWORKSHEETS